



Cronicas De El Centenario

LOS RAMONES, N.L. 1912 - 2012



Los Angelitos de la calle Hidalgo

(Leyenda)

Junio 2012

Francisco Villa en los Ramones Nuevo León



Después del triunfo de las fuerzas carrancistas sobre los federales comandados por el usurpador Victoriano Huerta, el 20 de agosto de 1914 hizo su entrada triunfal a la capital Don Venustiano Carranza ya como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista; formando parte de ese ejército iban muchos neoloneses que se habían integrado a dicho movimiento, al unirse a las fuerzas que comandaban en estas regiones algunos líderes como el Teniente Coronel Cesáreo Castro, el Mayor Crispín Treviño, el General Teodoro

Elizondo, el Coronel Alejo González, el Teniente Coronel José V. Elizondo (el colorado) entre otros.

Estas fuerzas militares se unieron a los Generales Lucio Blanco, Antonio I. Villarreal y Porfirio González quienes comandaron las columnas militares que paso a paso fueron tomando las plazas hasta llegar a la capital; después del triunfo fueron concentradas a sus lugares de origen y así fue como se formó la "Brigada del Bravo" destacamentada en Monterrey a las órdenes del General Antonio I. Villarreal.

A esa brigada se reconcentraron aquellos que habían dejado bienes y familias, con la esperanza de mejorar las condiciones de vida en sus pueblos; entre ellos el Sr. Julián O. Garza que por ese entonces vivía en Los Ramones y trabajaba administrando los bienes de Don Luz Olivares, un comerciante destacado que exportaba e importaba mercancías hacia Matamoros y Estados Unidos por el ferrocarril; el Sr. Julián O. Garza fue presidente municipal de Los Ramones en 1918.

Relata en su autobiografía el Sr. Garza que al sublevarse Pancho Villa contra Carranza a ellos les tocó hacerles frente en Ramos Arizpe Coahuila, siendo Teniente de la Brigada de Bravo a las órdenes del General Antonio I. Villarreal y nos dice: - "el 1 de enero de 1915 tuvimos un tiroteo con tropas villistas en Estación Brisa Coahuila y los hicimos retirarse; ahí se nos unieron otras fuerzas carrancistas y el 7 de enero atacamos a los villistas en Ramos Arizpe, pero estos ya se habían afortunado y eran como 7,000 hombres por lo cual el combate se puso muy duro y empezamos a tener muchas bajas y nos ordenaron retirada" -.

Las fuerzas villistas que venían a las ordenes de los Generales Felipe Angeles y Martin Triana los siguieron en su huida en los trenes militares hasta Monterrey, donde se les ordenó que

en los mismos trenes continuarán por la vía a Matamoros hasta Los Ramones; para cuando llegaron los villistas a Monterrey las tropas carrancistas ya habían sido evacuadas solo dejando algunos elementos para proteger la huida, - "a nosotros nos siguieron hasta Los Ramones donde al no tener elementos para hacerles frente solo dejaron 200 elementos al mando del General Gregorio Ozuna para proteger la salida de los últimos trenes" -.

Cuenta el Sr. Teniente Julián O. Garza en su autobiografía: -"a mí como conocedor del pueblo y las gentes de allí me comisionaron para quedarme vestido de particular y disfrazado entre sus habitantes tomara nota de los elementos, las tropas y los jefes villistas que comandaban... [] a la una de la mañana llegaron los villistas y comenzaron a tirotearse con los 200 carrancistas que habían dejado en dos trenes de "impedimenta"... [] yo los estuve observando desde la azotea de la casa de Don Luz Olivares como a cuatro cuadras de la estación; los carrancistas incendiaron el rastrojo que ya no pudieron cargar y la leña que había para ser embarcada... el incendio iluminaba el campo de combate pero a mí no me veían porque estaba en lo obscuro..."

Cuenta el Sr. Garza... -" al día siguiente como a las 10 de la mañana estábamos un grupo de vecinos y yo en la esquina del comercio de Don Luz Olivares frente a la plaza, cuando vimos llegar a pie un grupo de generales villistas que venían como de la estación, entre ellos venía el General Francisco Villa, se distinguía por ser más alto y grueso; al enfrentarse a nosotros nos dijo -"amanecieron rescataos" - y luego nos preguntó -"on tan los telegrafistas" - cuando en eso llegaron unos villistas con dos pobres comerciantes que andaban vendiendo mercancía... Inmediatamente ordenó -"afusilenlos" - pueden ser espías del enemigo, y por más que suplicaron por sus vidas, no les valió... yo procuré salirme del pueblo lo más pronto posible para reunirme con mis compañeros" -.

Eso debe haber sido el 9 o 10 de enero y Villa debe haberse regresado a Monterrey, ciudad que fue tomada por completo el día 15 de enero al echar por completo a las últimas tropas de carrancistas, no sin antes haber dejado marcado en el recuerdo histórico haber pisado el suelo ramonense, testigo de las luchas revolucionarias entre federales, carrancistas y villistas.

Archivo Histórico Municipal.





Los Angelitos de la calle Hidalgo

(Leyenda)

Hace muchos años, cuando caía la noche, la gente tenía miedo pasar por esa calle porque sentía la presencia de algo raro, murmullos y vocecillas infantiles entre risas y ruidos de pisadas que corrían alrededor de quienes se atrevían a cruzar por ese camino; los caballos que tiraban de tartanas o carretones se asustaban arrendándose y no eran capaces de pasar; algunos desafiantes alumbrándose con lámparas de viento se dirigían al sitio con la intención de descubrir el misterio y solo veían sombras de niños correr a su alrededor, que traviesos soplaban a la flama apagándola y se retiraban igualmente entre risitas y tropeles.

Aún de día a la hora de la siesta cuando todo estaba tranquilo, los vecinos escuchaban el correr de los

niños por las banquetas riéndose y platicando alegremente, que iban y venían rumbo a la plaza y al asomarse para ver quién era no había nadie.

Aquella aparición, más que miedo inspiraba ternura y contagiaba de alegría, aunque a muchos la sugestión los llenaba de temor y evitaba pasar por aquel sitio aún de día; no faltó quien soñando con encontrar tesoros escarbó en los viejos muros de fincas abandonadas de por aquel lugar.

Los lugareños se impusieron a convivir con aquel fenómeno sin darle mayor importancia, a veces como para llamar la atención, platos y tazas se caían de los trasteros, se escuchaba sacar agua de las tinajas o en las noches se apagaban los quinceques de repente, como si alguien les soplara; entonces se acordaban de

las “ánimas benditas” rezándoles una oración.

Cuando algún vecino nuevo llegaba a vivir por aquel barrio los primeros en visitarlos eran “los angelitos” o “los duendes”, como les decía la gente de ese rumbo, que tratando de calmarlos les comentaban que eran inofensivos y amistosos.

El tiempo pasó y la falta de sensibilidad y amor al prójimo hizo que casi desapareciera aquella visión que al parecer, solo trataba de inspirar afecto y ternura, recordar a los humanos que el camino al cielo solo lo encuentran los justos y nobles de corazón y dan su amistad con alegría y desinterés.

Hace poco tiempo al frecuentar esos lugares, unas personas de ese rumbo me alertaron ante la posibilidad de dichos “duendecillos” y de sus pláticas y mis suposiciones se deduce el siguiente relato:

Cuenta la leyenda que poco antes de 1850 en lo que hoy es la Cabecera Municipal de Los Ramones, sus primeros habitantes la mayoría descendientes de Don Plácido Rodríguez así como sus peones y algunas gentes vecinadas, vivían en casas construidas alrededor de la entonces placeta y en jacales que a corta distancia se comunicaban por sinuosos callejones y reducidas veredas siguiendo la orilla hacia arriba y abajo del cauce del río.

Las actividades del poblado se enmarcaban con el sotroceo de las ruedas de alguna carreta, o el ruido de cadenas y balancines sobre las lanzas de tartanas y carretones, usados como medio de transporte para conducirse a las labores del campo; también el mugir de las reces y el coro de balidos de algún atajo de cabras y borregas llamando a sus compañeras desbalagadas entre ruidos de cencerros de múltiples tonos y el sordo sonido de los cascotes de pesuñas, que al paso o en tropeles levantaban polvareda por entre aquellos solares.

A veces el canto ladino de versos improvisados, salían del ronco pecho de algún joven peón, que sobre el tendal de la carreta o los lomos del caballo en su momento de poeta, creaba y lanzaba al viento su sentimiento para expresar su alegría o desahogar la pena, coronando su cantar con un grito carcajeador que a la distancia nunca faltaba quién respondiera, formándose el griterío cual manada de coyotes aullándole a la luna.

Cerca del medio día cuando el cansancio parecía callar los ánimos, el torteo de manos destendiendo los testales para las tortillas simulaba celestial música de sirenas, cocineras que entre machiguas y masa amartajada que remolían sobre el metate dándoles con sus manos el toque final para sobre un comal de barro, al calor se cocieran y esponjaran las “gordas”; a la vez que en el rescoldo un tasajo de carne de puerco goteaba la manteca sobre la ceniza de las brazas, expandiendo sus olores como incienso de los altares, que si los santos del cielo olieran seguro se bajaban a pedir un taco.

Ya después de la comida en la tranquilidad de aquellos tiempos, se podía escuchar el trino de los pájaros y el murmullo de las corrientes de agua del río como arrullos naturales a la hora de la siesta después del medio día... entonces era cuando como salidas de los releces de aquellos jacales o de las culatas de las cocinas y a veces hasta de los troncos huecos de viejos mezquites, se empezaban a escuchar ricitas y vocecillas casi en secreto que iban y venían corriendo sigilosas de un escondite a otro.

Eran los niños de aquel lugar que inquietos se escapaban de sus madres a jugar con los vecinos desafiando los rayos del sol, como “lagartijos soleros” corriendo de una sombra a la otra; y lo que comenzaba como un murmullo terminaba siendo un griterío de animadas voces y carreras al trote de aquellos chamacos jugando a la “roña” o los “encantados” aprovechando el descanso de sus padres antes de iniciar las actividades vespertinas del día como acarrear agua, rajar la leña o “ver” los animales.

Don Isidro se levantó de la zalea de borrego tendida en el piso sobre la que descansaba medio metido debajo de la alta cama de torneados respaldos hechos de madera; un tanto repuesto del cansancio salió por la puerta frente a la plazuela a sentarse en la sombra que daba la pared para tomar el aire fresco que venteaba, con la intención de fumarse un cigarro de hoja que ya forjaba con los callosos dedos de sus manos a la vez que divisaba los niños jugando en la plaza, entre ellos su primogénito y otros dos chiquillos hijos de sus peones, los cuales se revolcaban en la tierra como jugando “luchas” entre escandalosas rizas y gritos que le provocaron una gran sensación de alegría, misma que se reflejó en su semblante: haciendo una ligera mueca de simpatía que se acompañó de gruesas gotas de lágrimas que nublaron su vista, motivo de la



emoción de ver aquel cuadro de felicidad que también lo hacía sentir un nudo en la garganta de puro gusto, que bien pudo disimular con una profunda inhalación del humo del cigarro y algunos leves tosidos como aclarando su voz para llamar a su esposa, a la que señalando solo con la vista al no poder decir palabras, invitándola a compartir la emotiva escena.

Ambos padres llenos de gozo como si se hubieran puesto de acuerdo, al mismo tiempo en su pensamiento meditaron una plegaria en silencio agradeciendo a Dios su buenaventura y como suele suceder en las personas que se aman, se adivinaron el pensamiento estrechándose en un abrazo recargando ella su cabeza sobre el pecho de él, cumpliéndose mutuamente el deseo de demostrarse así su felicidad.

Poco tiempo pasó cuando la distracción provino del lado de arriba de la calle del río, del que venía Ramón su pariente y vecino caminando al paso con el “guaje” de agua terciado en el hombro y con el “garrote” de las cabras como bastón; -“a donde vas tan temprano, el sol está todavía muy fuerte”- le preguntó Isidro; -“voy a buscar las cabras que dejé reparadas en el ancón frente

al charco hondo pa’ recogerlas temprano a la majada, parece que va a cambiar el tiempo y si nortea capaz que vayan a parar hasta el Cerrito Colorado”- contestó Ramón.

En efecto; aquella algarabía de los chamacos se mezclaba con el canto ensordecedor que las urracas hacían paradas en parvadas sobre las capas de los árboles y mirando hacia el cielo; en la mañana bandadas de garzas blancas pasaron volando rumbo al sur y las hormigas arrieras ya tenían tres días de andar pelando cuanto árbol había, acarreado las hojas a sus hormigueros; todas estas, señales infalibles que la tranquilidad del día terminaría en un cambio brusco del clima, seguramente viento del norte y frío.

El sol se ocultó temprano tras de un capote de nubes aborragadas, cuando remolinos de aire entre caliente y frío comenzaron a formarse barriendo la tierra suelta en las banquetas de grandes piedras lajas acomodadas al pie de aquellas cuantas casas, donde sus habitantes prevenían el embate de los nortes manteniendo atadas las latas, cimbras y horcones de sus jacales con

mecates de ixtle y reatas de cuero trenzado.

El silbido del viento un tanto más frío comenzó a colarse por las rendijas entre las tablas y palos revocados de lodo que conformaban las paredes de la cocina, cuando se empezaron a sentir, ralas pero gruesas gotas de agua que caían como pedradas de una gran nube negra que sepa Dios de donde de repente apareció.

Los niños que apenas hacía un rato jugueteaban en la plaza como verdaderos duendes habían desaparecido algunos haciendo caso al llamado de sus madres y otros sin medir el peligro absortos en la fantasía de sus juegos retozaban indiferentes a las frías gotas de lluvia que humedecían sus espaldas; entre risas y voces animadas iban y venían entre las gavias de maíz levantadas en aquellos amplios solares; por el rumbo del chiquero de los puercos o en el corral de las borregas, hasta que en el retumbido de una centella que cayó en un mezquite viejo muy próximo a ellos los hizo correr despavoridos, sin despedirse, cada uno para su casa.

Pálidos del susto y temblando de frío llegaron a sus respectivas casas, el hijo de Isidro, el de José y el de Toribio; amigos inseparables a sus siete años de edad, nacidos los tres en la misma luna y desde entonces criados juntos, en ocasiones hasta compartieron la leche de los senos maternos de sus tres santas madres que los enseñaron a vivir como hermanos y compartir todo, siendo en esta ocasión una buena regañada.

La alborada otoñal anunciaba el nuevo día después de la noche pasada en una pertinaz lluvia a cántaros que amainó como a las cuatro de la madrugada cuando ya las ranas y sapos roncós de tanto cantar, saltaban buscando donde encuefarse para descansar.

Al aclarar con la luz del nuevo día el aire fresco y húmedo se coló al interior de la casa al momento que Isidro abrió las hojas de la puerta del patio; fue cuando de un catre de lona donde dormía su hijo escucharon un leve quejido que hizo levantarse rápidamente a la mujer y volver la mirada de aquel padre con expresión de angustia.

-“El niño está enfermo”- expresó la madre al ver al pequeño enrojecido casi amoratado de su carita angelical con un halo blanco alrededor de los pálidos labios y temblando su cuerpecito por contracciones convulsivas que meneaban desde su cabeza hasta los

pies; -“hijo, hijo, m'ijito”- le llamaba con insistencia su padre, sin obtener respuesta.

Isidro salió presuroso hacia la calle con la intención de buscar ayuda con los vecinos, indeciso si ganar para con José o para con Toribio pues las esposas de ellos conocían muchos remedios que bien podrían servirle; a la vez pasaba por su mente en forma fugaz el recuerdo feliz del día anterior y ahora su corazón latía presuroso por el temor de tener enfermo a su hijo.

Reaccionó de aquel aturdimiento al escuchar gritos lastimeros y fuerte llanto que provenían del jacal de José que a pocos pasos de distancia vivía y vio a lo largo de la calle del río otra gente que se arremolinaba en la puerta del jacal de Toribio; arrancó corriendo a casa de José a ver que pasaba olvidando momentáneamente su pena, topándose en la puerta bañado en lágrimas diciéndole entre sollozos: -“se nos murió, mi hijo se nos murió de repente... seguro que fue de pulmonía”- y se sentó en el portal sobre un banquito con la cara entre sus manos llorando a grito abierto.

Isidro se devolvió a la carrera para su casa pasando por su mente mil cosas, divisando de nuevo hacia la casa de Toribio donde casualmente se vivía una escena también de confusión, dolor y muerte que al recordar a su hijo enfermo se borró el intento de acercarse a ver que pasaba; masculló entre dientes una maldición y dijo: -“fue por la mojada de ayer”-; entró a su casa y sin decirle nada a su esposa sólo se limitó a ayudarla a cambiar los fomentos de agua que le ponía a su hijo sobre la frente y el pecho que con dificultad distendía en cada inspiración.

Fue la mujer a avivar la lumbre en la chimenea para calentar agua y hacer un té de cáscaras de sauce que se usaba para cortar la fiebre; desesperados ambos en silencio pedían a Dios un milagro porque sabían que de aquellas condiciones casi nadie se salvaba y año tras año las epidemias de viruela o pulmonía mataban a muchos niños.

Concentrados en sus oraciones uno a cada lado del camastro sostenían entre sus manos las manitas de su hijo, rezando y llorando en silencio; untaron con sebo de víbora de cascabel la nariz, el cuello, el pecho, los pies y cuando estuvo listo el té hicieron que tomara pequeños tragos con una cuchara.

El sol iluminó con unos rayos de intensa claridad,

sin calor, como luz celestial, no corría el viento ni cantaban los pájaros, tampoco el murmullo del río se escuchaba cuando un suspiro hondo llenó de aire el pecho congestionado del hijo de Isidro que hizo a sus padres voltear a ver aquella carita que ahora sonrosada entreabrió sus ojitos, sonrió y les dijo: -“voy a jugar con mis amiguitos, no se preocupen por nosotros, siempre vamos a estar juntos porque somos casi hermanos como ustedes nos enseñaron, aquí vamos a andar”-; cerró lentamente sus ojos como durmiendo, su cara palideció y expiró su último aliento dibujando en su rostro una leve sonrisa.

Se detuvo el tiempo en el poblado, como si todo fuese un cementerio se percibía la tranquilidad de los sepulcros; las mujeres y los hombres lloraron hasta el cansancio y con sus ojos hinchados y enrojecidos sacaron fuerzas para unos juntar flores y otros amortajar en blancas sábanas los cuerpecitos de aquellos tres niños que nacieron, vivieron y murieron al mismo tiempo.

Sobre una mesa grande los tendieron para velarlos juntos y así mismo los sepultaron allá por la calle del río donde acostumbraban jugar, por eso sus ánimas benditas aún se aparecen con la misión de demostrarnos que la felicidad solo se logra compartiendo la amistad y ésta es único camino para lograr la eternidad.

Desde entonces sus ánimas se aparecen de vez en cuando, compartiendo su felicidad con la gente buena y de noble corazón que brinda su amistad a el prójimo sin egoísmo, envidia o hipocresía; desgraciadamente son cada vez menos los testigos de esta vivencia y si muchos que prefieren creer que el relato es puro cuento.

FIN

Dr. Jacinto Antonio Alanís García.

Archivo Histórico Municipal



El Sapo y la luciérnaga

(Fábula)

En una vaporosa ciénaga, maloliente por el lodo putrefacto, entre juncos y troncos por los mohos carcomidos, vivía un sapo: grande, verrugoso, con ámpulas de secreciones venenosas en todo el espinazo.

Con torpes saltos entre los charcos sus panzazos se escuchaban estruendosos, salpicando de suciedad todo a su paso; marcando el territorio hediondo de su reino que bien podía confundirse con las puertas de un averno gris a donde de seguro van los que mueren de soberbia y egoísmo.

Es solo seguido por resbalosas salamandras y unos cuantos pobres tepocates que comparten la triste dicha que ilumina su ignorancia, creyendo que al compartir su amistad están a salvo del flagelo de su lengua que envuelve y babosea sus presas para tragarlas y seguir como si nada; va el sapo pelando sus saltones ojos de miradas que reflejan la arrogancia e insaciable codicia para alimentar su ego, que es al tamaño de su desconfianza.

En aquel ambiente tenebroso de una de

tantas noches oscuras en la ciénaga de la cañada, entre ensordecedores croares de sapos y una que otra rana que parecían competir a ver quién hacía más escándalo con su canto ensordecedor, algo llama la atención de todos haciéndolos callar al mismo tiempo y dirigir sus miradas al negro cielo sin parpadear, ávidos de confirmar si el relámpago que llamó su atención no fue un espejismo.

Solo una leve vibración del aire se sentía porque nada se escuchaba cuando un nuevo relámpago de luz deslumbró los ojos de aquellos batracios... y otro aquí... otro más allá, a veces cerca... a veces lejos; – ¿qué rayos es eso? – los jóvenes anfibios se preguntaban.

No salían aún de su duda cuando el chapoteo en el lodo y pisotones torpes los atropellaron; entre salpicones de lodo y espesas babas que escapaban de la boca del grande sapo que se esforzaba por alcanzar la luz, lanzando a toda velocidad su enorme lengua que en forma desatinada, erraba una y otra vez ante el cambiante objetivo que centellaba.



Iba y venía arrasando todo a su paso, caía de panza como de espinazo en su afán de atrapar al intruso que irrumpió la oscuridad de su reino. Algunos sapitos y sabandijas que lo vieron creyeron se había vuelto loco o bien pudiera ser una actitud más de esas que tienen los que se creen poderosos y que por eso nada se les tome a mal, aún siendo algo ridículo.

El gran esfuerzo que realizaba el sapo sin ser locura ni ridícula actitud, terminó por agotarlo; sus pesados saltos cada vez más leves si acaso hacían despegar las sucias manos del pegajoso lodo y su lengua exhausta colgaba babeante como badajo por un lado del grande hocico que jadeante respiraba.

La lucecilla relampagueante continuaba y retadora en círculos se acercaba emitiendo destellos prácticamente en la nariz del extenuado sapo, que haciendo bizcos con los enrojecidos ojos se preocupaba más por alcanzar la respiración que en intentar de nuevo mover la lengua aún que fuera para meterla en la boca y dejar de dar tan penoso espectáculo; ya despertaba algunas ricecillas entre los sapitos, ranas, tepocates y salamandras que repuestos de los pisotones y limpiando el lodo salpicado momentos antes por su rey sapo, ahora después del susto, les causaba gracia y aunque temerosos no podrían ocultar la risa de ver a su amo en tan triste estado.

Se elevó la luz posándose en la hoja de un junco a regular altura quedando por precaución fuera del alcance de los sapos y como si nada, alumbró con un prolongado destello el cuerpecillo breve del insecto que era... – ¡una luciérnaga! –, exclamaron aún incrédulos los exaltados habitantes de aquella cañada, a la vez que más de cuatro intentaron en vano cazarla con sus pegajosas lenguas y dando saltos que torpemente terminaban de panza o de cabeza entre las charcas de aquel lugar.

Sonrió el insecto y dijo: – Que bueno que Dios no les dió alas a los sapos –, –son tan arrogantes que se hubiesen creído ángeles, siendo su única gracia (y solo por así decirlo) soltar la lengua y envolver con ella para tragarse todo lo que esté a su alcance; más bien serían gárgolas infernales dignas de custodiar las cloacas donde viven los miserables, engréidos por su falta de cultura o los ciegos



por la avaricia; pero no alcanzaron más que para arrastrarse y chapotear en este ciénaga donde se confunden con sus propios excreciones y ensucian sus manos, como sucios son sus instintos, porque tampoco recibieron el don del razonamiento y si algo de cordura tienen, es superada por sus pasiones.

– ¡Ya callaté! Mondruga luciérgana –, entre resoplidos dijo el sapo; – no ves que soy grande, juerte y temido por muchos que al solo verme juyen sin voltear pa´tras, en cambio tu tas´pior si eres inseito que nomas relampegyeas en l´oscuru sin propósito.

–Es su lenguaje tan torpe como su caminar –, dijo la luciérnaga; –pero como esperar cultura ante la ignorancia, herencia de esta obscuridad en que vive, ya de la noche o del pozo donde se encuevan durante el día, incapaz de abrir sus ojos deslumbrados por la luz que reflejan las cosas bellas de la vida, mismas que ilustran y sensibilizan los sentidos, dan lugar a la formación de buenos sentimientos y emociones, cimientos de la conciencia y con ella de la razón.

– ¡Bah! – dijo el sapo – te creyes muy sabionda gusano con alas, nomas porque vuelas, pa´mi solo eres un bocao pá quitarme el hambre.

–Es cierto señor sapo –, dijo el insecto: – soy un humilde gusano que con su propio esfuerzo construyó un capullo de seda y a

cambio la naturaleza me dió alas y el don de iluminar con mi existencia, que aún que tenues mis destellos, son propios y no como el brillo ajeno que emite el oro o el diamante que son tan apreciados por sus reflejos; valor impropio porque si no hay quién los haga brillar son opacos e insignificantes, como aquellos que se rodean de aduladores y en pecaminosa simbiosis el adúlador vive del adulado y viceversa, siendo nada tanto el uno como el otro.

–Así es señor sapo–, continuo diciéndole la luciérnaga: –“aunque a la mejor usted no me entienda o se haga el desentendido, casi siempre damos más valor a lo que brilla por solo reflejar la luz, que a aquellos que la luz producen como el sol o las estrellas; también así es la inteligencia, muchos la reflejamos según sea la particular conveniencia, pero a los que se les ocurren las nuevas ideas pocos los admiran o valoran porque son humildes”.

El sapo como pensando movía la cabeza y parpadeaba sumido en un silencio de gran concentración, tan relajado que su posición alagartada le permitía posar todo su vientre en el suelo... – ¡Oiga señor sapo! no me escuchó –, – ¿a caso está pensando en su inmortalidad? – gritó la luciérnaga... – Perdón, perdón – contestó el sapo, que casi se dormía oyendo pero sin escuchar y al igual que él sus amigos batracios que ya somnolientos se acurrucaban en el lodo.

– ¿Yo inmortal? –, pero que güena idea ya me has dao gusanillo volador –, contestó el sapo saliendo de su letargo, – ya entiendo lo de la luz y la inteligencia, tu si eres muy inteligente y yo tonto que te quería comer.

– ¡Hay señor sapo! – exclamo la luciérnaga en tono desconsolado, – pensar en la inmortalidad del sapo es... es... es pensar en nada, es algo vano, algo inexistente, es “dioquis” para que me entienda.

La inmortalidad solo pueden alcanzarla las buenas acciones que se perpetúan en el recuerdo, no las cosas materiales que como materia están en constante transformación y menos los que tenemos un ciclo de vida con principio y con final – dijo la luciérnaga –, las buenas acciones, a los seres que las realizan también les prolongan su existencia, pero solo en la memoria de los pueblos, siempre y cuando tengan la feliz suerte de servir a muchos o a alguien que la valore y conserve en sus recuerdos.

El sapo seguía soñando en su inmortalidad sin atender por su falta de capacidad a quien pretendía iluminarlo con sus consejos, – continuó diciendo la luciérnaga –, de su especie solo en los cuentos de hadas algún sapo se ha convertido en príncipe, pero en cuanto usted, sería imposible aún pensando en cirugías estéticas que logran cambiar su apariencia; si aún no se trasplantan

cerebros que es lo único que podría mejorar su persona para ser menos ignorante y siendo su ignorancia la madre de todas las fealdades, mejor despierte.

– ¡Oye gusano! –, dijo el sapo: y si una doncella me besara como en los cuentos... Sería una sapa, – le contestó –, que solo por interés buscara su compañía; porque no hay quién se enamore de algo feo y torpe a menos que sea una vendida sin escrúpulos ni moral, sabiendo que usted es casado y ya tiene familia; además sería una ingenua porque si tuviera un poco de razón, no desperdiciaría su juventud ni deshonrara, si honra tuviera, su persona y su familia.

– ¡Bah! –, dijo el sapo – no entiendo que tanto dices; y se quedó aletargado pensando en su inmortalidad y en una sapita que coqueta al saltar movía su cola, siguiéndola como puberto idiotizado por efecto de las hormonas, olvidándose de la luciérnaga y de la cañada.

La luciérnaga continuó dando sus destellos de luz, aquí y más allá, hasta confundirse con el brillo que las estrellas centellaban desde el cielo... ¿y el sapo?... tubo muerte de sapo, murió apachurrado por las llantas de un camión en el primer camino que intentó cruzar en busca de su inmortalidad.

Dr. “Chinto”.



PARA CONOCIMIENTOS DE NUESTROS LECTORES

Esta gaceta es parte de un proyecto cultural avalado por CONARTE, que en sus lineamientos generales establece que “Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente”.

Crónicas del Centenario es una publicación coleccionable de carácter histórico – cultural.

Presidente honorario: Santos Salinas Garza
Director General y editorial: Dr. Jacinto Antonio Alanís García
Colaboración: Erika Marlen Ochoa Rodríguez, MaryCruz Garza
Peña, Calos Javier Rodríguez Elizondo y Eugenio Leal.

Agradecemos sus comentarios
archivolosramones@hotmail.com
drchinto_deallende@hotmail.com
www.facebook.com/ArchivoHistoricoLosRamones





Gracias al “Club Añoranzas de la Tercera Edad” por la gran colaboración exponiendo sus relatos o recuerdos de sus experiencias para contribuir al rescate de costumbres y tradiciones, haciendo difusión en vísperas del centenario de nuestro municipio.

